

LA DISOLUCIÓN DEL ORDEN ENTRE NATURALEZA, CULTURA Y GRACIA EN LA MODERNIDAD

Nuestro trabajo se propone meditar la raíz de la moderna autonomía que precipita la disolución del orden descubierto y afirmado en lo real elaborado, acogido y perfeccionado por la tradición especulativa greco-medieval, ocasionando, en menoscabo de la Gracia y de la naturaleza, una exacerbación inaudita de la cultura, de lo cual todos somos testigos.

A la luz de la siguiente afirmación de Santo Tomás desarrollaremos nuestro análisis: “Ser tema de los principios es lo mismo que serlo de la ciencia entera, puesto que ésta se halla virtualmente contenida en los principios”¹.

La modernidad surge a partir de una inusitada crisis del conocimiento que afecta directamente en el orden y jerarquía de las ciencias, a lo cual intenta dar respuesta.

Por lo tanto nos ceñiremos en lo sucesivo a relevar aquellos elementos que consideramos centrales en la incipiente doctrina de Renato Descartes, ya que los principios de su sistema son el punto de inflexión con que se forja el pensar moderno, asiento de la nueva cultura.

Puesto que otros fines guiaron lo precedente, Descartes piensa que “no es posible hacer cosas muy acabadas, trabajando en las obras de otro”². En adelante su intención explícita más bien apuntará a mejorar las condiciones materiales de la existencia humana. En este sentido, se encuentra con la urgencia de rehuir del escepticismo difundido de la época, para lo cual el filósofo se decide a demostrar que el hombre puede indudablemente conocer la verdad.

En el despuntar de su análisis sobre el asunto, Descartes juzga, o, mejor aún, imagina³ que el problema del escepticismo se explica por una serie de sometimientos y dependencias en los usos de la inteligencia del hombre. Asumido por él como un grave “defecto”⁴, reclama

¹ *S. Th.* I, q. 1, a. 7, c.; en versión del Club de Lectores, Buenos Aires, 1988.

² GILSON, Étienne: “Discurso del método para dirigir bien la razón y buscar la verdad en las ciencias”, *Renato Descartes. Obras filosóficas*, Bs. As., El Ateneo, 1945, pp. 32-33. Allí dice, p. 28.: “... he formado un método (...) que (...) procuro siempre inclinarme antes del lado de la desconfianza que del de la presunción”; “Puede suceder, sin embargo, que me engañe (...) Sé muy bien cuán expuestos estamos a equivocarnos en todo (...)”. Cfr. Étienne GILSON: *La unidad de la experiencia filosófica*, Madrid, Rialp, 1960, pp. 167 -170. Nos guiaremos con sus análisis en algunos planteos aquí vertidos.

³ De múltiples modos dice: “me resolví a figurarme que todas las cosas que en otro tiempo habían penetrado en mi espíritu no eran más ciertas que las ilusiones de mis sueños”; “Pero presentando este escrito solamente como una historia, o, si parece mejor, como una fábula en la cual, entre algunos ejemplos que se pueden imitar quizá se hallen otros muchos que sería razonable no seguir, espero que será útil para algunos, sin ser perjudicial a nadie, y que todos habrán de agradecerme mi franqueza”; “Aparte de que las fábulas hacen concebir como posibles muchos acontecimientos que no lo son”, en “Discurso del método...”, *op.cit.*, pp. 43, 30, 29. Según Gilson, habiendo desaparecido entonces la metafísica racional y como todavía no nacía la ciencia positiva el único recurso que les quedaba a los hombres de este tiempo era la imaginación, cfr. en *La unidad de...*, *op.cit.*, p. 146.

⁴ “Discurso del método...”, *op.cit.*, p. 45.

emancipar el espíritu de tales sumisiones ilusorias y engañosas en que, en el pasado, lo embargaron falsas opiniones. A tal efecto, como requisito metodológico para filosofar, establece una condición total y absolutamente novedosa: la radical autonomía del pensamiento de todo orden de conocimiento otrora concebido⁵.

Para esclarecer lo dicho, leamos los pasos que dirime en su proceder el mismo Descartes:

“11. Respetaba nuestra teología y aspiraba tanto como otro cualquiera a ganar el cielo; pero habiendo aprendido, como cosa muy segura, que el camino de éste se halla igualmente abierto a los más ignorantes y a los más doctos, y que las verdades reveladas que a él conducen están por cima de nuestra inteligencia, nunca hubiera osado someterlas a mis débiles razonamientos, y pensaba que para acometer la empresa de examinarlas y salir airoso de ello era necesario tener algún auxilio extraordinario del cielo y ser superior a la humana naturaleza.

“12. Nada diré de la filosofía (...) no hay en ella cosa que no sea discutida, y (...) dudosa (...)

“13. Y con respecto a las restantes ciencias, como quiera que toman sus principios de la filosofía, juzgaba yo que no se podía haber edificado nada sólido sobre fundamentos tan poco firmes (...) Y, finalmente, por lo que toca a las malas doctrinas, pensaba conocer bastante lo que valen para no verme expuesto a ser engañado (...)

“15. Cierto es que mientras no hice más que estudiar las costumbres de los demás hombres, nada encontré en ellas que fuese seguro, antes bien, noté tanta diversidad como había advertido entre las opiniones de los filósofos. De manera que (...) aprendí a no creer firmemente en nada que sólo me hubiera sido enseñado por el ejemplo y la costumbre”⁶.

En esta primera parte del planteo queremos destacar que, a partir de su nuevo enfoque, buscar la sabiduría requiere emanciparse de toda autoridad. Resumido, son las siguientes:

1. la de Dios, es decir, la Gracia transmitida por la fe en la revelación divina⁷;
2. la de la sacra doctrina o teología sagrada;
3. la de cualquier filosofía pretérita;
4. la de toda costumbre humana recibida.

⁵ Su afirmación: “El buen sentido es la cosa mejor repartida que hay en todo el mundo (...) En lo cual no es verosímil que todos se engañen”, “constituye, sin duda, el artículo primero de la carta de independencia del pensamiento. En efecto, si el buen sentido o razón ‘es, por naturaleza, igual en todos los hombres’ ¿cómo podría sometérselo a autoridad?” “Discurso del método...”, *op.cit.*, p. 27, *La unidad de...*, *op.cit.*, pp. 154-5.

⁶ “Discurso del método...”, *op.cit.*, pp. 31-32.

⁷ “Este soberano bien, considerado por la razón natural sin la luz de la fe, no es otra cosa que el conocimiento de la verdad por medio de sus causas primeras, esto es, la sabiduría, cuyo estudio es la filosofía”, “Prólogo”, “Los principios de la Filosofía”, *Renato Descartes...*, *op.cit.*, p. 460. Allí mismo, pp. 475 y ss., se puede corroborar la razón autónoma respecto de la fe en el orden seguido por el Descartes, donde primero establece el conocimiento de lo que es verdadero, incluyendo a Dios, para luego afirmar la necesidad de creer en todo lo que Dios ha revelado, aunque esté por cima de la inteligencia humana. De modo similar en la dedicación “A los señores Decanos y Doctores de la Sagrada Facultad de Teología de París”, dice que para enseñar a los infieles alguna religión y alguna virtud moral, primero debe darse pruebas por la razón natural y demostrarse filosóficamente, antes que por la teología, las cuestiones de Dios y el alma, cfr. “Meditaciones Metafísicas”, *op.cit.*, p. 71.

No obstante ello, advierte que los principios de las ciencias debían tomarse de la filosofía, donde aún no hallaba ninguno cierto, siendo necesario ante todo tratar de instituirlos en ella⁸.

Por eso, en lo sucesivo nuestro filósofo se aboca a la tarea de hallar un principio cuya evidencia indiscutible le posibilite reconstruir el desintegrado cuerpo de las ciencias, pues entiende que, más allá de la diversidad de sus objetos, las ciencias todas, indiscutiblemente, son la misma inteligencia humana⁹. Cuestión que, en paralelo, exige un método conveniente con el que pudiera edificar progresivamente una matemática universal. Por esta razón el pensador decide transpolar como método, en función de su evidencia, el proceder analítico deductivo de las matemáticas¹⁰ a la filosofía, clave a partir de la cual será identificada sin más con el orden riguroso de los pensamientos¹¹. De esta manera, buscando conciliar ciencia y sabiduría, vislumbra posible que de una metafísica, que establezca las realidades existentes y su naturaleza, se deduzcan los principios de la física, de la cual se desprendan, a su vez, los de la medicina, la mecánica y la ética. Concibe así las ciencias como ramas de un único árbol.

⁸ Cfr. “Discurso del método...”, *op.cit.*, p. 38.

⁹ Cfr. Regla primera, “Reglas para la dirección del espíritu”, *Renato Descartes...*, *op.cit.*, p. 626. En el “Discurso del método...”, *op.cit.*, p. 36, leemos: “Esas largas cadenas de razonamientos, todos sencillos y fáciles, (...) me habían dado ocasión para imaginar que todas las cosas que entran en la esfera del conocimiento humano se encadenan de la misma manera”.

¹⁰ Según Gilson “Jamás la historia del pensamiento humano había conocido extrapolación más vasta ni más osada que ésta, de cuya sustancia vivimos todavía hoy. Semejante concepción embarcaba a la filosofía en una empresa temible, que, según el punto de vista que se adopte, puede ser considerada como su progreso decisivo o como la más seria de sus crisis. La primera consecuencia del matematicismo cartesiano, de la cual se derivan todas las demás, era la obligación que imponía al filósofo de proceder siempre del pensamiento al ser, e incluso de definir siempre el ser en términos de pensamiento. (...) sustituir la complejidad concreta de las cosas por un número determinado de ideas claras y distintas. (...) Haciendo de lo concreto un mosaico de ideas claras, el matematicismo cartesiano suscitaba dificultades que todo el siglo XVII y el XVIII intentaron resolver, y de cuya solución el siglo XIX acabó por desesperar, así como de la filosofía misma”. “Si hay error inicial en el origen de todas las dificultades con que tropieza hoy la filosofía, no puede ser otro que el que cometió Descartes decretando, *a priori*, que *el método de una de las ciencias de lo real vale para la totalidad de lo real*.”

“Decisión que fatalmente había de provocar, tarde o temprano, (...) la desaparición de la filosofía misma”. “Por eso nadie puede sorprenderse al ver hoy a la filosofía resignada al suicidio y considerando su resignación como un triunfo”, en Étienne GILSON: *El realismo metódico*, Rialp, Madrid, 1963, pp. 134-6, 144 y 146.

¹¹ Coincidimos con Gilson cuando señala que esta decisión inicial de reducir todo a una interpretación matemáticamente evidente carece de justificación racional y resulta arbitraria. Sólo se explica por encontrarse cansado de escepticismo. Cfr. *La unidad...*, *op.cit.*, pp. 161-162. Notable dificultad que conlleva en sí transformar las matemáticas, pues debe eliminar la misma cantidad. Esta es la razón por la cual resuelve que la certeza de las matemáticas se debe, más que a los procedimientos de cálculo, a la perfecta evidencia de las ideas de que se valen y al orden en el que éstas se encadenan, pudiendo someter así las cuestiones metafísicas y morales, como las biológicas y químicas, de modo que ciencia y sabiduría queden al fin reconciliadas. No obstante, convertir las matemáticas en una ciencia de relaciones de orden entre todos los posibles objetos, habla de una lógica más que de matemáticas. Cfr. *op.cit.*, p. 171-3, y en p. 174 agrega: “Las mismas leyes del orden abstracto que, aplicadas a la cantidad, producen esa ciencia exacta que llamamos Matemática, no traen por resultado más que generalizaciones arbitrarias en cuanto se las aplica a objetos más complejos que la cantidad. Eso fue lo que, en definitiva, sucedió a Descartes; el resultado de su audaz experimento fue desastroso, lo mismo científica que filosóficamente”.

Por lo tanto, vemos su objetivo en pos de la verdad pautado sumariamente del siguiente modo: a. necesidad de instituir un primer principio; b. conforme a un único método; c. en vistas de la unificación de la totalidad de las ciencias; d. realizable por solo él mismo¹².

En continuidad con el hilo anterior, para lograr semejante empresa deliberadamente asume por algún tiempo como opinión la falsedad de todo. Recurre así a un medio que le permite desestimar todas sus antiguas creencias: la duda metódica. Claramente lo expresa:

Desde mis primeros años había aceptado como verdaderas muchas opiniones falsas, debiendo ser (...) muy dudoso e incierto todo lo que después he fundado sobre tan mal seguros principios. Por esta razón (...) me era forzoso (...) deshacerme de todas las opiniones que antes aceptara, y comenzar todo otra vez desde los fundamentos, si algo firme y permanente había de establecer en las ciencias. (...) voy a dedicarme seria y libremente a destruir todas mis antiguas opiniones (...) y me basta, por tanto, atacar los principios en que se apoyaban¹³.

De acuerdo a su preceptiva, lo que primeramente descarta, por los errores que padecen, son las percepciones sensibles: “Un esfuerzo voluntario y prolongado se impone para destruir nuestra inclinación inveterada a creer en el testimonio de nuestros sentidos y para hacernos tan espontáneamente desconfiados a su respecto como crédulos habíamos sido hasta ahora”¹⁴.

Llegados a este punto de nuestro análisis, enfatizamos ahora en segundo lugar esta otra clave en su doctrina, el requisito de una ulterior emancipación en el filosofar:

5. la de la misma realidad existente objetiva, fuente nutricia de toda filosofía anterior¹⁵.

Esta vez en orden ascendente, inverso al que explicitáramos antes, en tanto inconducentes vías del mencionado escepticismo, lo mismo constata indistintamente las ilusiones:

- a. de la sensibilidad;
- b. de los sueños respecto de la vigilia;
- c. de la locura en relación con la cordura;
- d. igualmente las equivocaciones de la razón en materias evidentes;

¹² Descartes ideó un método para todos los problemas que el espíritu del hombre pudiese plantearse, en cualquiera de los órdenes posibles: “puesto que las ciencias (...) no son más que el espíritu humano mismo que las constituye; aparentemente múltiples cuando se coloca en el punto de vista de los objetos diferentes que estudian, son una cuando se coloca en el punto de vista del sujeto pensante (...) La única dificultad, para poner el espíritu en posesión de los principios verdaderos y hacerlo capaz de deducir de ellos a voluntad todas las ciencias, es la de suministrar un método. Se llama método, al orden que el pensamiento debe seguir para llegar a la sabiduría”, en “Introducción”, *Renato Descartes...*, *op.cit.*, pp. 8, 9-10.

¹³ “Meditaciones Metafísicas”, *op.cit.*, p. 83. Advierte Descartes: “como entonces quería solamente buscar la verdad, pensé que era necesario (...) rechazar como absolutamente falso todo aquello en que pudiera hallar la menor duda, para ver si después de esto quedaba en mis creencias algo que fuera enteramente indudable” “Discurso del método...”, *op.cit.*, p. 43.

¹⁴ “Introducción”, *op.cit.*, p. 11.

¹⁵ Respecto a la independencia de lo real existente, cfr. “Meditaciones Metafísicas”, *op.cit.*, el punto 1 del “Resumen de las seis meditaciones siguientes”, p. 79 y el primer párrafo de la Meditación IV, p. 106.

e. y en último término, extremando al límite, un supuesto genio maligno e impostor que, cual corolario, justifique dicho recorrido engañoso¹⁶.

Descartes concibe entonces viable la suposición de que no hay Dios, ni cielo, ni tierra, ni tampoco cuerpo, pero le resulta imposible suponerse inexistente mientras duda de la verdad de todo ello. En una intuición alcanza al fin la primera afirmación revestida de total certeza: “*Yo pienso, luego existo*, es verdadera, y por tanto, la primera y la más cierta que se ofrece al que conduce ordenadamente sus pensamientos”¹⁷.

En consecuencia, la búsqueda de la sabiduría se encuentra en la interioridad del pensamiento, donde descubre el principio de su filosofía, pues “para pensar hay que existir”¹⁸. Mas este ser existe como naturaleza pensante: “soy (...) una cosa que piensa, es decir, un espíritu, un entendimiento, o una razón”. “¿Y qué es una cosa que piensa? Una cosa que duda, entiende, concibe, afirma, niega, quiere, no quiere, imagina y siente”¹⁹.

En el espíritu se descubre igualmente la naturaleza de la verdad, que se identifica con la certeza de la idea dada a él por la evidencia, es decir, la claridad y la distinción, vueltas ahora condiciones indefectibles y criterio de toda verdad, ya sea de una idea intuita tanto como de una deducida. Por consiguiente ello se constituye en la primera de sus cuatro reglas, generales y abstractas, características de su novedoso método²⁰.

¹⁶ “Supondré (...) que un genio maligno, no menos astuto e impostor que poderoso ha empleado toda su industria en engañarnos; pensaré que (...) todas las demás cosas exteriores, no son más que ilusiones y sueños de que se ha servido para tender lazos a nuestra credulidad (...) permaneceré obstinadamente adherido a tales pensamientos; y si por este medio no me es posible llegar al conocimiento de verdad alguna, lo será al menos suspender mis juicios”. “También dudaremos (...) hasta de las demostraciones matemáticas (...) porque hemos oído decir que Dios, que nos ha creado, puede hacer todo lo que le place, y aun no sabemos si acaso habrá querido hacernos de tal modo constituidos que siempre nos engañemos, aun en las cosas que creamos conocer mejor”, “Meditaciones Metafísicas”, p. 86; y “Los principios...”, p. 476, *op.cit.*; allí, p. 486, el filósofo dice: “Pues si Dios nos hubiera dado una facultad de tal naturaleza, que cuando la usamos debidamente tomásemos lo falso por verdadero, tendríamos motivos para creer que Dios es un impostor. (...) duda hiperbólica en que hemos estado cuando aún no sabíamos si el que nos ha creado había tenido el gusto de hacernos de tal naturaleza que nos engañáramos en todas las cosas que nos parecen clarísimas”.

¹⁷ “Los principios...”, *op.cit.*, p. 477. Cfr. Regla IV, “Reglas para...”, *op.cit.*, pp. 632-3.

¹⁸ Cfr. “Los principios...”, *op.cit.*, p. 478. La primera dificultad para un hombre que necesita levantar el mundo sólo de las ideas es “decidir si se podía conocer algo con evidencia, pero ahora no en el orden de la especulación abstracta, como la matemática, sino en el orden real de las cosas actualmente existentes. La única manera de solucionar este problema era hallar un juicio de existencia que pudiese resistir hasta a las más extravagantes objeciones de los escépticos”; “Su principio era un verdadero principio, no en el sentido antiguo de una afirmación abstracta y universalmente válida, sino en el nuevo sentido cartesiano de un *comienzo o punto de partida* para lograr un conocimiento real”, *La unidad de...*, *op.cit.*, pp. 186 y 190.

¹⁹ “Meditaciones Metafísicas”, *op.cit.*, pp. 89 y 90.

²⁰ Cfr. “Discurso del método...”, *op.cit.*, p. 36. “Precisamente el primer punto importante era comprobar que la nueva filosofía, al revés de la antigua, pero como la matemática, había de ir de las ideas a las cosas y no de las cosas a las ideas (...) la esencia o verdadera naturaleza (...) tal como puede hallarse en su definición y solamente en ella”, *La unidad de...*, *op.cit.*, p. 184.

Por esta misma vía, Descartes advierte intuir otras dos certezas que señalamos aquí muy concisamente. Primero, requisito esencial, la evidencia de la idea de un ser perfecto e infinito, Dios. A partir de ella demuestra su existencia, la que de modo definitivo disipa cualquier sospecha lanzada por la duda metódica. Fuente de toda verdad, asimismo Dios es el ser que en última instancia garantiza el acceso del hombre a la verdad²¹. Segundo, e indispensable para una explicación mecánica del universo, la idea de materia extensa. Debe ahora demostrar la existencia de un mundo material exterior, el cual, por sujeción al método adoptado, es exclusivamente reducido por el filósofo a la verdad de su idea²².

Por último, rescatamos el modo como el filósofo explica el tan mentado problema del error o la falsedad. Su causa no es atribuible ya ni a la sensibilidad, que no puede afectar a una sustancia pensante, ni a Dios, por perfecto, y sí solamente a la naturaleza del hombre. Precisamente un espíritu tiene dos maneras de pensar. Una es limitada, la facultad del entendimiento, que imagina y percibe lo inteligible; la otra es ilimitada, el libre arbitrio o querer de la voluntad, que desea, tiene aversión, afirma, niega, duda²³, que si bien es cierto que es mayor en Dios por su conocimiento y poder, no lo es considerada formal y en sí misma²⁴. Por esta razón, se precipita sobre el entendimiento y afirma o niega lo que no ve con claridad, pudiendo así extraviarse fácilmente en el error.

Baste hasta aquí el desentramado de los temas que abordamos en la propuesta cartesiana.

Desglosada a modo de conclusión, y en correlación con cada uno de ellos, sólo nos resta recordar la respuesta que con espléndida verdad enseña Santo Tomás con respecto a la

²¹ Cfr. “Meditaciones Metafísicas”, *op.cit.*, pp. 106-7; “Porque (...) la regla (...) de que son verdaderas todas las cosas que concebimos muy clara y distintamente, no es segura sino porque Dios es o existe, y porque es un Ser perfecto, del cual viene cuanto hay en nosotros (...) Pero si no supiéramos que todo lo que en nosotros es real y verdadero viene de un ser perfecto e infinito, por claras y distintas que fuesen nuestras ideas, no tendríamos razón alguna que nos asegurase de que poseían la perfección de ser verdaderas”, “Discurso del método...”, *op.cit.*, p. 47. Cfr. en “Los principios...”, *op.cit.*, Primera parte, punto 13, p. 480.

²² Aclara Gilson que filósofo alguno negó antes la existencia de la realidad material, pero sus principios no permitían aceptarlo como un hecho establecido. Descartes “mismo creía en la existencia de la materia (...) La única diferencia sería que, en adelante, se *sabría* lo que antes se *creía*”, “Y, en efecto, mientras a nadie se le ocurrió hacerla objeto de demostración, todo el mundo estaba seguro de ella, pero el primer intento de demostrarla se convirtió en el primer paso hacia la negación”, en *La unidad de...*, *op.cit.*, pp. 214 y 218. “Una segunda consideración de los resultados obtenidos por la Historia demostraría (...) que si el método idealista es el suicidio de la filosofía, como conocimiento distinto, es porque envuelve a la filosofía en una serie inextricable de contradicciones internas que la conducen finalmente a un escepticismo, es decir, a un suicidio liberador”; “No es tan fácil prescindir de lo real, y tuvieron que pasar siglos antes de que al pensamiento se le ocurriera cometer tal suicidio”, en *El realismo metódico*, *op.cit.*, pp. 83 y 166.

²³ Cfr. “Los principios de la Filosofía”, *op.cit.*, p. 479.

²⁴ “Meditaciones Metafísicas”, *op.cit.*, p. 109. Entendemos que la clave de bóveda cartesiana afincan en el papel fundamental de la voluntad en su doctrina. Lo perteneciente al orden sensible, en razón de su pasividad, no dependiendo de la voluntad ni estando sujeto a ella, no pertenece al ámbito de la verdad, y menos aún podrá ser causa efectiva del error, como lo explicita el mismo filósofo.

cuestión de los principios que fundan las diversas ciencias y el orden que exigen, indicando asimismo las fuentes de los posibles equívocos²⁵:

Dios creador, ordenó al hombre hacia Sí mismo, cuya realidad trasciende a la creación.

El fin de la vida del hombre es una realidad que excede su capacidad razonante.

Tal fin debe ser proporcionado al hombre, que debe a él encaminarse.

Para la salvación del hombre fue necesario que por revelación divina le fueran descubiertas por luz sobrenatural las realidades y principios divinos que sobrepasan su razón.

La fe en la revelación de Dios, dada por su Gracia, es principio indispensable de verdad.

La sacra doctrina, ciencia según la pauta de la revelación divina que enseña las verdades de Dios, es necesaria para la salvación del hombre.

Para que la salvación llegara a los hombres más conveniente y ciertamente fue necesario que sean instruido por revelación divina incluso en las verdades de Dios que puede alcanzar la razón, pues pocos, con mucha dificultad, y con mixtión de error llegan a ellas, de cuya cognición depende toda la salud del hombre, la cual le viene de Dios.

La ciencia sagrada no argumenta para probar sus principios, los artículos de la fe, sino que parte de ellos para demostrar otras verdades, como toda ciencia.

La teología sacra difiere en género de la teología natural, que es parte de la filosofía. Nada dificulta que lo tratado por la luz natural, aquella también lo trate.

Ella es la ciencia superior y más noble: sea especulativamente, por la certidumbre de la luz de la ciencia divina que es infalible, a diferencia de la luz natural de la razón humana falible, como por la dignidad de su objeto, que la trasciende; sea prácticamente, ella ordena al fin último, que es la felicidad eterna.

La gracia perfecciona la naturaleza, no la destruye, por lo que conviene que la razón natural sirva a la fe.

La ciencia sagrada se sirve de las ciencias filosóficas para hacer más comprensible lo que enseña, no porque lo necesite en absoluto; tampoco por defecto ni por incapacidad, sino por la fragilidad del entendimiento humano, que, de las cosas que conoce por la luz natural, de la cual proceden las otras ciencias, es elevado más fácilmente a las realidades superiores, que son el objeto de esta ciencia²⁶.

²⁵ Para ello cfr. *S. Th.* I, q. 1, principalmente a. 1, ad. 2 y c.; a. 2, c.; a. 5, ad. 2 y c.; a. 8, ad. 2 y c.; a. 9, c.

²⁶ Cfr. *S. Th.* I, q. 1, a. 5, ad. 2., donde el mismo aclara Castellani al pié: "He aquí el sentido exacto del dicho '*Philosophia ancilla theologiae*' que ha sido calumniado modernamente como decapitador de la filosofía y destructor de su independencia y nobleza (...) La Teología emplea los resultados ya adquiridos por la filosofía, la cual supone a ésta constituida", p. 18.

Las disciplinas filosóficas son indispensables, principalmente la metafísica, ciencia de los primeros principios²⁷ de lo real. Ella discute contra quien los niegue, si el adversario concede algo, de lo contrario resulta imposible, a pesar de que puedan destruirse sus razones.

Lo primero concebido por el intelecto con evidencia es el ente y la esencia, sin embargo, para no errar por ignorancia acerca de ellos, debe desentrañarse la dificultad que implican, dilucidando qué significan, el modo en se encuentran en las diversas cosas existentes y la correcta relación con las intenciones lógicas, para no confundir lo real con lo lógico²⁸.

Todo conocimiento humano tiene principio a partir de los sentidos; al hombre le es natural elevarse a las cosas inteligibles por medio de las sensibles²⁹, por conocimiento indirecto, según la relación del efecto a la causa y la analogía del ser.

“Un pequeño error al principio es un gran error al final”³⁰.

A modo de corolario:

La cultura moderna ha ido perdiendo gradualmente el sentido del orden, a medida que la filosofía se fue desvinculando de la realidad (...) para refugiarse en un juego mental, sin contacto con las cosas concretas. Como consecuencia de este proceso histórico, el hombre fue reemplazando los datos naturales de la experiencia con las construcciones de la razón y de la imaginación³¹. “El presupuesto de este planteo (...) es que la inteligencia humana no llega al ser de la realidad y por lo tanto no hay verdad, no existe una naturaleza (...), y si somos coherentes tenemos que decir que no hay creación, todo es producción del hombre, que se hace a sí mismo; y si no hay creación tampoco hay Creador. Al relativismo gnoseológico le sigue un relativismo moral; no existe la verdad, ni valores objetivos y universales fundados en el ser y en la naturaleza³².

Patricia Carolina Pérez de Catalán

²⁷ Cfr. SANTO TOMÁS: *De principiis naturae ad fratrem silvestrum*, traducido por José Antonio Míguez, con el título *De los principios de la naturaleza*, Ediciones Aguilar, Buenos Aires, 1977; y Étienne GILSON: *Constantes philosophiques de l'être*, traducido por Juan Roberto Corrugés, con el título *Las constantes filosóficas del ser*, EUNSA, Pamplona, 2005, pp.50-51.

²⁸ Cfr. SANTO TOMÁS: *De ente et essentia*, traducido por Carlos Alfredo Taubenschlag con el título *Acerca del ente y la esencia*, Primera edición, Editorial Ágape Libros, Buenos Aires, 2004, Prólogo, p. 25.

²⁹ Cfr. *S. Th.* I, q. 1, a. 9, c.

³⁰ *De ente et essentia*, *op.cit.*, p. 25.

³¹ SACHERI, Carlos Alberto: *El orden natural*, Vórtice, Buenos Aires, 2008, p. 45. Cfr. también Blanca del Valle AVELLANEDA: *Meditación acerca de los seres naturales*, Ediciones del Copista, Córdoba, 2008. “Existe así, en cada época, una multitud de conciencias que son el lugar de este conflicto y que lo sufren pasivamente, sin poder hacer más que afirmar simultáneamente sus valores espirituales a la vez necesarios y contradictorios. Desgarramiento interior que nosotros todos conocemos, en el cual nos confesamos incapaces de poner un término, y que comporta sólo dos salidas. O bien el olvido, la negativa de la lucha y la caída consentida en un escepticismo que no es más que un cobarde suicidio del pensamiento; o bien el esfuerzo paciente por mantener vivientes todos los valores espirituales verdaderos hasta el día donde ellos reencuentren por un tiempo su equilibrio en el pensamiento de un gran filósofo”, en Étienne GILSON: “El rol de la filosofía en la historia de la civilización”, *Revue de Metaphysique et de Morale*, N° 34, Armand Colin, Paris, 1927, p. 172.

³² AGUER, Héctor: *La formación del hombre*, Ágape Libros, Buenos Aires, 2012, pp. 18-19 y cfr. pp. 11-15.